

a] No se ha podido demostrar el Quinto Postulado.

b] No se ha podido demostrar que es indemostrable.

c] No se ha podido demostrar que es imprescindible para la construcción de sistemas lógicos consistentes razonablemente ricos (las llamadas geometrías no euclidianas).

d] Para resolver todo esto se decide (lo que pudiera llamarse el Postulado de Hilbert): La axiomática euclídea está contenida exhaustivamente en la formulación lógica de Hilbert (o en otras posteriores del mismo tipo). Y a partir de esa decisión, etc.

Treinta años más tarde viene la Prueba de Gödel que niega el "Postulado de Hilbert." ¿Y qué sucede en geometría? Nada hasta hace poco. Por uno de esos hechos de la sociología del saber, a los cuales ni las ciencias exactas son ajenas, el problema "oficialmente" había desaparecido. Para las nuevas generaciones académicas hasta hubiera sido mal visto replanteárselo. La decisión de la gene-

ración anterior se había vuelto "verdad socialmente aceptada".

El libro de Dieste admite dos lecturas. Quien se interese en la parte geométrica encontrará en *Movilidad y semejanza* la esencia de lo que aportó el *Nuevo tratado del paralelismo* en una secuencia brevísima y elegante. Quien se interese en *¿Qué es un axioma?* encontrará un penetrante examen de la noción de validez y una imaginativa demostración de lo que significa "postular".

En un intento de "traducción" literaria, Gödel y Dieste vendrían a decir que ningún diccionario agota el lenguaje (Gödel) y que cualquier palabra alude a todo el lenguaje (Dieste). Los diccionarios no son la última instancia del lenguaje. Al revés: los diccionarios tienen sentido en el horizonte del lenguaje, que es su última instancia. Pero esta "traducción", tan fácil de aceptar en términos literarios, no da idea de la profunda novedad y rigor de Dieste en el lugar de origen del problema.

la revolución inconclusa

Por Manuel Maldonado-Denis

Isaac Deutscher murió hace unos meses a los sesenta años de edad. Polaco de nacimiento, marxista y anti-stalinista, nos legó las biografías definitivas de Trotsky y de Stalin. Es de lamentar el hecho de que su conocimiento a la vez agudo y profundo de la sociedad soviética y de la revolución rusa de 1917, nos dejara huérfanos de la biografía que Deutscher —en el momento de su muerte— preparaba sobre Lenin. Y es lástima porque así hubiésemos tenido la oportunidad de que la pluma siempre ágil de Deutscher nos ofreciera la cincelada de uno de los más grandes —si no el más grande— de los revolucionarios del siglo xx.

Esencialmente un estudioso del marxismo y del comunismo, Deutscher tiene la enorme ventaja por sobre otros historiadores de este siglo de que su crítica es siempre la crítica no del ideólogo de la guerra fría que ha renegado del marxismo y que habla "urbi et orbi" del "dios que falló" sino la del intelectual marxista que lo es en el sentido más puro del vocablo: marxista en tanto en cuanto lo es aquel que ve en las doctrinas de Marx no un recetario prescrito de antemano por úkase burocrático, sino un método flexible y rico de investigación histórica y sociológica que nos permite una explicación más racional de los fenómenos sociales observados en una perspectiva histórica.

Este libro nos muestra a Deutscher desde la perspectiva del teórico marxista. Compuesto del texto de unas conferencias que el autor pronunciara en la Universidad de Oxford como preludeo

a la celebración de los 50 años de la Revolución Bolchevique, el libro es un intento del autor de hacer una síntesis apretada de lo que él llama "la revolución inconclusa". "Inconclusa" porque, a juicio de Deutscher, la Revolución de 1917 en Rusia no ha podido realizarse a plenitud, sino que se halla trunca, habiéndose logrado sus fines sólo hasta cierto punto. No obstante, la tradición revolucionaria que llega a su punto culminante en la figura de Lenin se halla aún viva en el pueblo ruso. Frente a esta tendencia la opuesta —la que propende hacia las actitudes autoritarias y hacia la creación de una casta de burócratas privilegiados— llega según el autor a su punto culminante en el stalinismo, de-



finido por él como "una amalgama del marxismo con el atraso salvaje y primordial de Rusia", y aun muestra sus efectos en la sociedad rusa del presente. El stalinismo a su vez promovió eso que el autor llama "décadas de falsificación stalinista que han conducido a la amnesia colectiva" [del pueblo ruso], así como a la más rígida imposición a la expresión artística y literaria. Las dos tendencias: la revolucionaria, cuya sólida tradición se remonta al siglo xix, y la autoritaria que, no menos decimonónica en su origen, se enquistó en el régimen de Stalin y aun hoy muestra su faz, interactúan dialécticamente en la Rusia que nos habla, 50 años después del triunfo de Lenin, en el lenguaje de una gran potencia mundial. No debemos dudar, sin embargo, acerca de la convicción que anima a Deutscher en el sentido de que la revolución rusa es susceptible de ser concluida y que, al fin y a la postre, la tendencia revolucionaria del pueblo soviético triunfará por sobre la élite privilegiada que actualmente regenta el poder en la Unión Soviética.

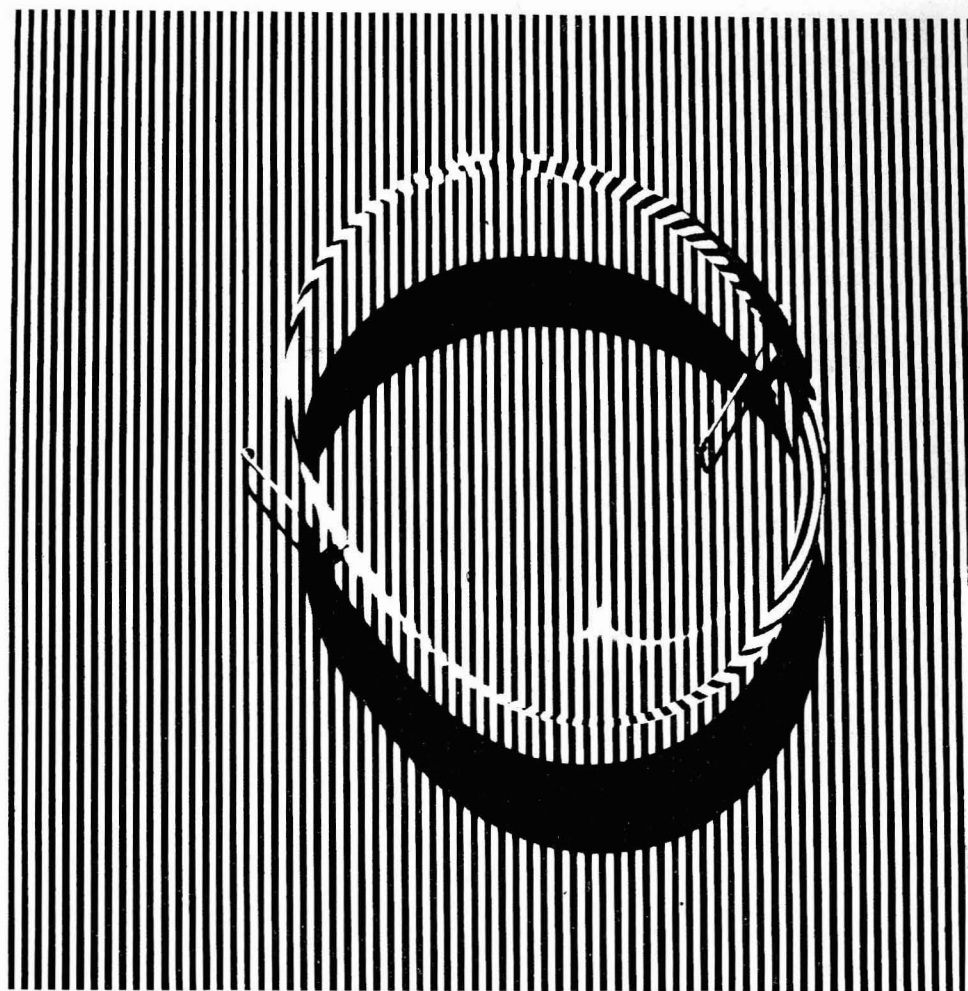
Este juicio adverso y a la vez favorable de la Revolución de Octubre no debe sorprendernos aun cuando se trate de un marxista. Cuando todo queda dicho en contra del socialismo implantado en la URSS, no puede negarse que el sistema económico instaurado en 1917 ha permitido a la URSS un extraordinario salto productivo que le ha puesto —en un periodo que, si hemos de tomar como base aquellas ocasiones en que la URSS ha podido disfrutar de una paz relativamente prolongada, no excede de 25 años— en una posición de poderío internacional que es a todas luces algo extraordinario. No obstante, Deutscher nos pone las cosas en su debida perspectiva histórica cuando nos dice: "Marx habla del embrión del socialismo como algo que crece y madura dentro de la matriz de la sociedad burguesa. En Rusia podríamos decir que la revolución socialista intervino en una etapa muy temprana de la preñez, mucho antes de que el embrión hubiese tenido tiempo de madurar. El resultado no fue un natimuerto, pero tampoco fue un cuerpo viable de socialismo." Según Deutscher, dos pre-condiciones del socialismo se hallaban ausentes en Rusia: el carácter social del proceso productivo no se había desarrollado a plenitud —como no se ha desarrollado en ningún país subdesarrollado—, ni tampoco se hallaba presente "esa abundancia de bienes y servicios que la sociedad tiene que tener si es que ha de afrontar —en un alto nivel de civilización— las necesidades de sus miembros en un modo que se aproxime a la igualdad". De ahí las enormes dificultades —aparte de las que sobrevinieron como consecuencia de la prolongada hostilidad de los países capitalistas hacia el nuevo régimen— con que se confrontó el primer país socialista del mundo al tratar de edificar el sistema cuando las condiciones para ello no habían madurado aún lo suficiente. En ese momento, dice Deutscher, los Bolcheviques asumen el papel de una élite revolucionaria,

Ilustraciones: Julio Le Parc

Julio Le Parc, nació en Mendoza, Argentina, el 23 de septiembre de 1928. Ingresó a los 15 años a la Escuela de Bellas Artes de Buenos Aires. Desde los primeros años de sus estudios mostró interés por los movimientos de vanguardia en la Argentina (el movimiento de arte concreto, invención y el movimiento espacialista promovido por Fontana). En 1958. Le Parc obtuvo por concurso una beca de un año ofrecida por el Gobierno Francés. En 1959 el Fondo Nacional de las Artes concede a Le Parc una beca de un año para que pueda permanecer en París a fin de completar los estudios ya iniciados. Desde entonces vive en París con otros artistas argentinos, trabajando juntamente con ellos y analizando el trabajo de los artistas de vanguardia. Su trabajo en equipo, expandido después, se hizo familiar para los investigadores franceses que estaban desarrollando principios paralelos, y fue así cómo se constituyó en 1950 el *Groupe de Recherche d'Art Visuel* del que Le Parc es cofundador y miembro activo.

Las actividades del Grupo lo condujeron a desarrollar "la participación del espectador". En consecuencia, algunas de sus realizaciones fueron concebidas para ser instaladas en: laberintos, salas de juego, en la calle, etc. Ha tomado parte activa en todas las actividades del Grupo (textos, declaraciones, fijación de actitudes, etc.), tanto como en la formación de la "Nueva Tendencia" como movimiento internacional.

Además de sus exposiciones personales, ha participado en numerosas exhibiciones del *Groupe de Recherche d'Art Visuel* o de la "Nueva Tendencia" en Europa, América del Norte, Sudamérica y Japón. Sus obras figuran en colecciones privadas de América y Europa.



mas "como la clase obrera no se hallaba allí corporalmente, los bolcheviques decidieron actuar como su *locum tenentes* y custodios hasta tanto la vida fuese más formal y una nueva clase obrera pudiese formarse". No tenían, pues, alternativa, "a menos que abdicaran y se despojaron del poder, cediéndoselo en efecto a los enemigos que acababan de vencer en una guerra civil... [Pero] los vencedores en una guerra civil raras veces pueden permitir libertad de expresión y de organización a los vencidos, sobre todo cuando estos tienen el apoyo de estados extranjeros. Por regla general una guerra civil concluye con el monopolio del poder del vencedor. El sistema de un solo partido se convirtió entonces para los bolcheviques en una necesidad inescapable".

Deutscher procede seguidamente a trazar la manera como esta necesidad llegó a convertirse en una virtud tan pronto como Stalin accede al poder. [Con el stalinismo] "la metamorfosis política del régimen marchó de la mano con la degradación de las ideas de 1917. Se le enseñó a la gente que el socialismo requirió no sólo planificación y nacionalización, la rápida industrialización, la colectivización y la educación popular, sino que de alguna manera el llamado culto al individuo, el más crudo privilegio y el anti-igualitarismo más vehemente y la omnipotencia de la policía eran de algún modo parte integrante de la nueva sociedad. El marxismo, la más crítica e irreverente de las doctrinas, fue vaciada

de su contenido y reducida a un conjunto de sofismas de cánones cuasi-eclésiásticos cuyo propósito era justificar todos y cada uno de los decretos de Stalin así como sus caprichos pseudo-teóricos."

Pero a pesar de lo dicho la tradición revolucionaria rusa está muy lejos de ser una cosa del pasado. No empecé el enquistamiento de una burocracia privilegiada, el espíritu igualitario del leninismo actúa como una fuerza contrarrestadora. Deutscher ve en los cambios operados dentro de la sociedad soviética —tales como "el proceso objetivo de consolidación e integración que se está llevando a cabo en la clase obrera conjuntamente con el crecimiento de su conciencia social" que podría conducir a la reincorporación de los obreros "como un factor independiente, listo a retar a la burocracia y preparado para reanudar la lucha por la emancipación que les llevó a una estupenda victoria en 1917, pero que por tanto tiempo no han logrado continuar" —un factor de vital importancia en la exitosa conclusión de la "revolución inconclusa". De hecho —nota Deutscher— uno de los cambios más importantes que se han operado en la sociedad soviética durante las últimas dos décadas ha sido el crecimiento y desarrollo de una población urbana e industrial que es hoy numéricamente mayor al campesinado ruso. ¿Dónde reside, pues, la continuidad de la tradición revolucionaria? Deutscher responde: "la tradición de la revolución ha dominado el sistema de educación soviética. Éste es

de por sí un factor potente en la continuidad". Porque no empecé las distorsiones del régimen stalinista "el sistema educativo ha reavivado constantemente en la masa del pueblo la conciencia de su tradición revolucionaria". Hay además "la continuidad real de un sistema basado en la abolición de la propiedad privada y la completa nacionalización de la banca y de la industria". Es esta —dice Deutscher— la roca sobre la cual descansa la continuidad ideológica. Porque se trata de un cambio cualitativo —no meramente cuantitativo— de las formas de la tenencia de la propiedad.

Para Deutscher —como para cualquier marxista— la tenencia de la propiedad tiene una importancia capital. De ahí su distinción entre la élite de los ricos corporativos en una sociedad capitalista y la llamada "nueva clase" compuesta de los burócratas y de la alta jerarquía del partido en la URSS. Lo que esta clase no tiene —nos dice— es propiedad: "no son dueños ni de medios de producción ni de la tierra. Sus privilegios materiales se circunscriben a la esfera del consumo... Ellos no pueden legar su riqueza a sus descendientes, esto es, no pueden perpetuarse como una clase". Esta distinción es, desde luego, muy importante. Contribuye a poner las cosas en su debida perspectiva para que no se nuble la diferencia esencial que existe entre una sociedad capitalista y una socialista.

Pero el socialismo en cuanto tal sólo puede darse a plenitud en el nivel internacional. Para Deutscher uno de los erro-

res más desastrosos de Stalin fue su doctrina del "socialismo en un sólo país". Lo mismo puede decirse respecto a China. Ambos países, confrontados con la hostilidad radical de las potencias capitalistas se han visto forzados a aislarse, a moverse en la esfera de acción de un "socialismo nacional" que no puede ser menos que contradictorio desde una perspectiva marxista.

No empece lo dicho respecto a las fallas del socialismo el autor apunta hacia la esencial irracionalidad del sistema capitalista de producción y se reafirma en su creencia de que sólo el socialismo podrá conducir a la paz y a la unidad del género humano. No se trata de una fe ciega concebida en un idealismo vacío. Se trata de un análisis y una evaluación sobria de lo que nos enseña la historia y de lo que nos augura el presente. Con todos sus fracasos la revolución bolchevique de 1917 es un hito esencial en las luchas sociales de la humanidad. Ésta marcó el comienzo de un proceso irreversible que hoy podemos presenciar en escala global: el proceso de la revolución mundial en marcha. Como bien indica Deutscher, el "epicentro de la re-

volución" mundial se ha movido del Oeste hacia el Este y es allí —en el sudeste asiático— donde se libra hoy mismo la más encarnizada batalla entre el capitalismo y el socialismo. De hecho la lucha es ya tan global que se extiende por tres continentes.

Como teoría el marxismo de nuestro tiempo ha adolecido de una tendencia hacia el dogmatismo, hacia la apologética de todo cuanto hacen los regímenes socialistas no importa lo errados que puedan estar sus dirigentes. Deutscher fue uno de los grandes teóricos marxistas de nuestro siglo y su obra ilustra ese espíritu crítico e irreverente que siempre fue norte del propio Marx. En esta su evaluación sobria a la vez que documentada de la revolución rusa y sus frutos notamos al intelectual de izquierda que usa con eficacia "el arma de la crítica". Su muerte debe apenar a todos cuantos estamos en deuda con él por sus notables aportaciones a la historiografía marxista.

Isaac Deutscher: *La revolución inconclusa* [50 años de historia soviética]. Ediciones Era, México, 1967.

morirás lejos

Por Carlos Valdés

Un hombre sentado en la banca de un jardín público, espía mientras es espiado, es la historia de una víctima y de un victimario que se identifican en un sólo individuo, un hombre que se desdobra en dos personalidades opuestas e irreconciliables, en un hombre que se enfrenta a la soledad, a los sentimientos de culpa, que sufre el asedio de un enemigo oculto, enemigo que puede ser producto de su imaginación febril, o de una peligrosa realidad.

¿Quién es este hombre que se oculta en el anonimato? No es un héroe ni un villano, sino un don nadie con enormes posibilidades de realización, demasiado humano y débil (soñador aburguesado o burgués debilitado por sus fantasías, casi artista, pero sin arte, sin fuerzas para tomar la pluma y enfrentarse a la realidad), casi una ruina humana sin vigor para enfrentarse a su realidad, un individuo tímido que sueña y se esconde. La realidad, su realidad, le resulta traicionera, quizá puede consolarse pensando que es un hombre parecido a todos los hombres (nada humano le es ajeno) la juventud con sus sueños de grandeza ha pasado, y ahora sólo es un judío que espera la muerte (no puede esperar mucho de la vida) y ya sólo espera al verdugo, al vengador.

No, no puede siquiera consolarse pensando que es una víctima, no está seguro de ser la víctima. Sólo le queda la duda.

Su historia es tan vieja como la del pueblo judío: se inicia con las primeras persecuciones que sufre el pueblo "elegido", se continúa a través de innumerables persecuciones, prosigue en los campos nazis de exterminio. Sin embargo, la historia se convierte en leyenda, en la leyenda del judío errante, del judío que oculta hábilmente su verdadera personalidad; pero la identidad del eterno perseguido se diluye, se transforma lentamente en la del renegado, en la del traidor, en la del verdugo de su raza, y cuando Berlín arde, el verdugo escapa, huye a América. Sólo se entera por los periódicos de los juicios a los que son sometidos los criminales de guerra. Ahora se esconde en la vejez y en el anonimato para escapar de la venganza.

Pero la historia no es tan simple; el tiempo y el espacio se complican, se confunden en perspectivas de duda; la historia puede ser verdadera o falsa, puede ser fruto de un hipotético narrador, de un narrador que inventa una realidad, y para escapar a su realidad se divierte inventando, creando historias para llenar los vacíos de su vida sin sentido, urdiendo variantes de la autobiografía del príncipe Hamlet que se consuela haciendo representar una obra (fingida pero auténtica) dentro de la obra que le toca desempeñar, del papel que se halla obligado a representar ineludiblemente, y sólo no se suicida por temor a que la muerte sea una obligada prolongación

de los sueños, de las pesadillas que son su vida trágica.

La novela de José Emilio Pacheco no es una novela accidental, sino producto de una carrera literaria (plenamente liberada y conciente). El autor ha ejercido la poesía, el cuento, la crítica, el ensayo. Ahora nos ofrece una novela que responde a una necesidad de comunicación más amplia, completa y compleja. Sin tratar de establecer una rígida jerarquización de los diversos géneros literarios, es evidente que el autor se mueve con eficacia en el género elegido.

José Emilio Pacheco escapa a los prejuicios comunes a los novelistas mexicanos en ejercicio activo (prejuicios que comparten con un gran número de novelistas de América y de Europa). ¿Por qué juzgo que *Morirás lejos* es una de las mejores novelas de las nuevas generaciones escrita en México? En el arte de la novela no existen fórmulas fáciles para lograr el éxito, y aunque en cierta medida hay principios generales que rigen el arte de novelar, en nuestra época están en crisis (en los países capitalistas y en los socialistas), tanto que algunos críticos sostienen la ruina de la novela como género literario válido, y la relegan a un arte del pasado, sin porvenir, cuya única supervivencia son los ensayos literarios con pretensiones de novela.

Los agoreros parecen tener razón al proclamar que en las sociedades industrializadas es imposible ningún tipo de arte. Sin necesidad de profundizar mucho en las teorías de los pensadores que profetizan la desintegración del espíritu humano frente a las máquinas, los optimistas (que creemos que el espíritu humano podrá sobreponerse al reinado de las máquinas) continuamos creyendo en la sobrevivencia del arte como una de las más importantes expresiones del espíritu, basándonos en nuestra fe en el hombre del presente y del futuro. Nuestra fe aunque parece inspirada en un acto de pensamiento mágico, podría sustentarse en la mera ley de las probabilidades. El hombre, a pesar de todos sus graves defectos, ha logrado sobrevivir a las guerras inmemorables, a los climas más inhóspitos, a las grandes plagas, a la ira de los "dioses" vengativos y hasta al odio del hombre hacia sus semejantes.

En las cuevas del hombre primitivo había arte, un gran arte, simple pero grandioso. ¿Seremos peores que los habitantes de las Cavernas de Neanderthal? ¿Seremos tan débiles que terminaremos por sucumbir ante la opresión del maquinismo? ¿Destruiremos los museos para construir fábricas?

Nunca habíamos conocido (tal vez por falta de información adecuada) una crisis tan grave como la actual del arte frente a los productos de la ciencia y agravada aún más por la intervención de algunos científicos (que aunque sus puntos de vista estén justificados desde sus respectivos campos del saber) que han influido (con un buen éxito asombroso) sobre el curso del arte contemporáneo.

Los prejuicios más extendidos en el mundo de las letras son los siguientes: